

—Podías seguir otro camino.

—Expatriarme—dijo con voz irónica.—Más adelante quizás lo haga. Tengo interés en permanecer algunos meses más en Francia. Después iré donde me lleve la casualidad.

La señorita de Arvil se estremeció.

—Yo os hubiera podido ayudar... os hubiera proporcionado los medios de crearos una fortuna.

—¿Una limosna?... ¡He vivido bastante tiempo de ese modo!

—Haced lo que queráis.

Aquellas palabras eran una despedida.

Brígida se dirigió hacia la puerta.

En el dintel Jaime se volvió.

—¿Permaneceréis inflexible?—la dijo en voz baja.

La señorita de Arvil no contestó.

Sus miradas se cruzaron.

La de Fugeret era suplicante.

La de Magdalena estaba impregnada de reproches y de desprecio.

Él insistió por última vez.

—Con la esperanza del perdón, Dios sabe de lo que seré capaz.

Ella movió la cabeza.

—¡Adiós, pues!—dijo el joven.—Si la muerte no me llama, dentro de algunos días ó de veinte años nos volveremos á ver.

—¡Adiós!

Jaime continuó su camino.

La señorita de Arvil cerró la puerta y se dejó caer en un sillón, y exclamó con un suspiro:

—¡Al fin!

X

Luz.

El doctor Cambry vivía en un arrabal de Paimpoint, en una casa muy grande, que no estaba exenta de cierto lujo.

Era una dependencia de la célebre abadía de Paimpoint, cuyas ruinas subsisten aun al borde del inmenso estanque, verdadero lago formado por la naturaleza, próximamente en el centro del extenso y magnífico bosque que lleva este nombre.

A la hora en que Jaime Fugeret, con su palo en la mano, lleno de remordimientos y de rabia, salía del castillo de la Forge, el doctor Cambry subía en su coche, envuelto en un tupido «mac-ferlan», y decía á su caballejo, con tono cariñoso:

—¡Vamos, en marcha!

El caballo empezó á trotar sin prisa por un camino á cuyos lados se levantaban algunas casas, cuyos habitantes dirigían al pasar el doctor, un cariñoso saludo.

Por lo general, el doctor se los devolvía familiarmente.

Pero aquel día parecía no ver á nadie.

Estaba preocupado y pensaba en la hermosa cliente del castillo.

En un acceso de dolor, la joven le había hablado de un desastre irreparable.

Desde aquel día el doctor se habia hecho más de mil veces esta pregunta:

—¿Qué desastre podia ocurrir á una joven de tan elevada posición?

El doctor Cambry era el hombre más honrado del mundo.

Había servido de consejero varias veces á la condesa, que no hubiera podido depositar mejor su confianza.

La fortuna de los Arvil estaba sólidamente colocada y administrada con la mayor prudencia.

Además, Magdalena, adorada por su madre, adorada de su futuro, casi tan rico como ella, era querida de cuantos la rodeaban.

Y sin embargo había dejado comprender que era la víctima de una horrible desgracia.

Ella había empleado aquella palabra; ella que, de una naturaleza especial, alegre y sencilla, no la gustaban ni las grandes frases, ni las exageraciones ridículas.

¿Qué quería decir aquello?

¿Qué había ocurrido?

Semejante enigma preocupaba al doctor Cambry, pero era de esas gentes que esperan las confidencias y no las provocan.

Sin embargo, observaba á la señorita de Arvil cada vez que se hallaba en su presencia.

Y á cada visita que hacía la encontraba más inquieta, más triste, más delgada, más pálida, con alarmantes síntomas, á los cuales los indiferentes no conceden la menor importancia, pero que un observador no puede per menos de notar.

Y aquel estado enfermizo, aquella transformación inexplicable inquietaban tanto más al doctor, cuanto que no comprendía la causa, y puesto que tenía gran cariño á su joven cliente,

Era para él como esas plantas que se han visto desde jóvenes, y cuyo desarrollo se sigue con un interés creciente.

Así es que cuando sobre las once llegó á la Forge en su cochecillo, y oyó á Brigida decirle: «La señorita está en el jardín y os espera» experimentó un verdadero consuelo.

Iba indudablemente á conocer la verdad.

¡Oh! no era solamente la curiosidad lo que le atormentaba.

¿Pero se puede acaso curar una enfermedad sin conocer la causa?

El jardín de la Forge, ó por lo menos lo que Brigida había designado con este nombre, era sencillamente la huerta.

Era un extenso terreno, casi cuadrado, cuyos muros estaban cubiertos de rosales y pasionarias, según la antigua costumbre.

El doctor se apresuró á reunirse con su cliente.

La encontró sentada en un banco rústico, bajo un emparrado cuyos racimos de uvas raramente maduran, en aquel clima frío, más á propósito para la vegetación de los bosques que para los frutos que reclaman las caricias del sol.

La joven, al verle llegar, se adelantó hacia él con los brazos abiertos.

Estaba vestida con un traje gris muy sencillo, sin llevar nada en la cabeza.

—Al fin—exclamó—ya estás aquí.

—¿Me esperabáis por lo visto?

—Hace más de una hora.

—Pues bien, ya estoy aquí dispuesto á escucháros. Demasiado sabéis que si queriais verme os bataba con haberme avisado.

Al mismo tiempo que hablaba el doctor examinaba á la joven.

Le pareció que tenía fiebre, que estaba muy excitada y que tenía una expresión resuelta que nunca había conocido en la joven.

—Sí—dijo,—os esperaba, doctor, y con impaciencia... Os hubiera debido hablar antes... ¡Si supierais cuánto sufro!

La joven se expresaba con brevedad, por intervalos, como aquel que tiene que hacer una confesión penosa y que se da prisa por terminar.

Hizo al doctor sentarse á su lado, no sin haber dirigido antes á su alrededor una escrutadora mirada.

—Os he hecho venir al jardín, porque estaremos completamente solos. No hay aquí más que el viejo Cristóbal, ocupado en cavar la tierra, y el pobre hombre está completamente sordo.

—¿De modo que se trata de cosas tan misteriosas?—preguntó el doctor.

—Hasta el punto que he tenido que aprovechar una ausencia de mi madre para hablaros de ellas. Acaba de marcharse á Ploermel, donde tiene que hacer algunas compras... No volverá hasta la noche. En mi cuarto hubieran podido oírnos.

Y como el doctor no había podido contener un movimiento de sorpresa, la joven añadió con viveza:

—¿Os extraña todo esto, doctor? ¿No comprendéis que tenga un secreto que revelaros á vos y que ocultar á mi madre y á todo el mundo?

—Pero...

—¡Decidlo! ¡Es muy natural! Pues bien, doctor, este secreto será preciso que mi madre lo conozca algún día, y seguramente experimentará al saberlo el mayor dolor de su vida.

—¿Pero es posible?

—Es cierto. ¡En cuanto á mí, mi porvenir, mis esperanzas, mi reposo, todo, en fin, está perdido!

No lloró. Sus ojos permanecieron enjutos; pero se metió en la boca la punta de un pañuelo de batista, y cuando lo sacó estaba agujereado y roto en aquella crisis de dolor con tanta facilidad contenida.

—¡Mirad, doctor, este secreto que os he hecho adivinar es preciso que os lo revele! ¡De otro modo me moriría! ¡Me ahoga!... Y, sin embargo, no sé qué términos emplear, de tal modo me avergüenza tan sólo en pensar... ¿Y además, qué queréis? Comprendo que mis labios se mancharán para siempre con semejante revelación...

Y entonces, con gran ligereza, con algunas palabras, le contó cuanto había ocurrido, su caída, la visión que había tenido durante un instante, fugitivo, que había vuelto á la vida del miserable que la había deshonrado; la llegada de su madre, y en fin, la certeza de su vergüenza, cuya confidencia no se había atrevido á hacer á nadie.

El doctor se aterrorizó. El mal era mucho mayor que lo que él había sospechado.

—¿De modo que era ese Jaime Fugeret?—preguntó el doctor.

—En persona.

El doctor no dudó ni un momento de la sinceridad de la joven.

La conocía desde su infancia.

La creía incapaz de mentir hasta para atenuar la culpabilidad de una falta.

La joven continuó:

—Si fuese culpable, doctor, si hubiera tenido un mal pensamiento, os juro que sufriría sin quejarme las consecuencias de mi debilidad. Pero adoro á mi prometido, á mi amigo de la infancia, al señor de Bures; ódio, por el contrario, á ese hombre, á ese desgraciado, que se ha vengado de los servicios tan cordialmente prestados con la más criminal de las infamias, y yo nada tengo que reprocharme, os lo juro. Así es que mi situación es atroz... y temo que llegue á serlo aun más.

Se lo contó todo, su encuentro con el culpable, la audacia que había tenido de entrar en su casa, de hablarla de su odioso amor, sus ruegos, sus amenazas, y también la resolución que había formado de guardar silencio para borrar aquella hora nefasta de su vida, y aunque inocente del crimen de otro, deseaba ocultarlo á fin de no destruir la dicha de los que la amaban y guardar para ella sola el pesar de un ultraje semejante.

Y acabó diciendo en voz baja:

—Y hasta este consuelo quizás me esté prohibido. ¡Entonces Dios no sería justo!

Y fijó sus ojos en los del doctor como si quisiera leer en ellos su sentencia.

El doctor contestó balbuciendo:

—Pobre hija mía, es preciso esperar.

En el fondo estaba asustado por aquella revelación.

Se explicaba perfectamente el cambio experimentado por la joven desde hacía unos días.

La caída no hubiese podido alterar su salud de un modo semejante. Debíase tener otra causa y aquella causa temía conocerla!

Magdalena le tendió la mano y con voz emocionada le preguntó:

—Vamos á ver, doctor, tranquilizadme, os lo suplico.

Decidme que sus amenazas son vanas, que es imposible que Dios me abandone hasta tal extremo.

—¡Pobre muchacha!...

—¡Pensad bien doctor! Todas las madres adoran á sus hijos... Yo odiaría al mío, el hijo del crimen, el hijo de un ser á quien yo odio, á quien detesto... ¡Oh! ¡sería horrible!... ¡Y mi querido Roberto que me espera, que me cree pura y del que me vería separada para siempre!... Mi madre de la cual yo, soy su orgullo, su amor, lo sé... ¿Qué sería de ella? ¿qué sería de nosotras? ¡En fin en una palabra la sociedad, el honor! ¡Si fueran á creerme culpable, perdida por mi culpa! ¿Ya comprenderéis doctor que situación tan dolorosa es la mía?

La joven le había cogido las manos entre las suyas y las apretaba nerviosamente, tratando al mismo tiempo de leer en sus ojos, de arrancarle la verdad.

El doctor no contestó.

¿Qué hubiera podido decirle?

Seguramente comprendía mejor que nadie, lo dolorosa y terrible que era la situación de la joven, y en los demacrados rasgos de esta en los desórdenes de que se quejaba desde hacía algunas semanas, en la palidez de su rostro, encontraba mil razones que podían agravar el siniestro.

Trató de tranquilizarla con algunas palabras banales; pero Magdalena le interrumpió exclamando:

—¡Ah! ¡demasiado veo que estoy condenada! Había sido mucho tiempo dichosa.

¿Qué consuelos podían prodigarsela?

El doctor permaneció mudo.

La joven se levantó y se internó por una de las calles del jardín.

El doctor la siguió.

Parecía una loca, estaba aterrorizada por la certeza que tenía de su desgracia.

Después de haberla sufrido con resignación hasta entonces, en aquel momento estaba anonadada.

Su rostro tan encantador había tomado una expresión tal de desconsuelo y de desesperación que cualquiera que la hubiese visto la hubiese creído loca.

Un jardinero se dirigió hacia ella con el azadón en la mano.

La joven hizo como que no le vió y continuó su camino, desgarrando el pañuelo entre sus dientes.

El doctor se aproximó á ella y tocándola en el brazo la dijo:

—¡Tened prudencia! ¿Supongo que no queréis que las gentes se enteren de lo ocurrido?

Magdalena se encogió de hombros y contestó:

—Que me importa. Que sea un poco antes ó después me dá lo mismo.

—Es que no se sabe de cierto... ¿Quién es capaz de saber?...

Ella movió la cabeza.

—Sois muy bueno y quereis tranquilizar-

me, sostenerme... Es inútil... ¡Quisiera morir!

—¡A vuestra edad, con un porvenir como el vuestro!...

—¡Deshecho!

—Decidse lo á vuestra madre... Es muy buena... Os ama con delirio...

—¿Y qué puede hacer ella? ¡Qué golpe tan terrible!

Obligó al doctor á que se quedara á almorzar.

Estaban solos.

La condesa no debía volver hasta ya entrada la tarde.

El buen hombre trató de animar á la joven, tan feliz algunas semanas antes y tan desgraciada en aquellos momentos.

No podían seguir más que una línea de conducta.

¡Esperar!

No había más remedio que resignarse.

Desde esta entrevista que la señorita de Arvil había considerado como un consuelo, comprendió que estaba condenada.

Tuvo la certeza de cuanto debía ocurrirla.

Su existencia tan tranquila hasta entonces, sería en lo sucesivo un prolongado martirio.

Por la tarde cuando la condesa volvió al castillo, la joven la estaba esperando.

No la dijo ni una palabra de lo ocurrido.

Encerró sus temores y sus penas en el fondo de su alma.

Pero cayó en una sombría desesperación, de la cual no podía salir, mas que cuando se veía rodeada de personas cuyas miradas temía que pudiesen comprender su secreto.

Escribía todos los días á su prometido car-

tas que rasgaba después, y las que le enviaba eran cada día más banales y más cortas.

El vizconde, por el contrario, la contestaba con una ternura creciente, pudo impedirle que fuese al castillo, asegurándole que iban á París lo antes posible, y que allí se verían para no volverse á separar jamás.

El otoño avanzaba.

Los castillos próximos se iban quedando vacíos poco á poco.

Esceptuando algunos propietarios que permanecían en sus fincas por el cariño que tenían á la caza, la mayoría de los vecinos de la Forge habian vuelto á Rennes ó á París.

La señora de Arvil había indicado más de una vez el deseo de marcharse.

Pero Magdalena que antes tenía grandes deseos de abandonar el país, la suplicaba que esperase.

La soledad era lo único que la agradaba, vagando sola por las avenidas de los bosques, alfombradas de hojas secas.

Muchas veces salía al encuentro del doctor Cambry, los días en que le esperaban en el castillo, del cual era con el abate Aselin el huésped asíduo.

La condesa tenía demasiada penetración para no comprender que un cambio tan radical en la manera de ser de su hija, encerraba un misterio que se proponía conocer.

Poco después, algunos síntomas que no podían escaparsela, la sumieron en una extrañeza que no dejó adivinar á nadie.

La palidez de la joven, sus debilidades y desfallecimientos repentinos, su amor á la soledad, la inquietaron hasta tal punto, que habló de

ello al doctor Cambry, en secreto por supuesto.

El doctor en un principio se abstuvo de hacer la menor revelación.

Pero una noche que había comido en el castillo, cuando Magdalena, pretestando un malestar demasiado visible, se había retirado, la señora de Arvil le dijo bruscamente:

—Doctor, tengo que hablaros.

Los criados estaban en la cocina ocupados en comer, y el coche del médico estaba esperando encerrado en la cochera.

La noche era oscura y el viento soplaba con violencia.

La condesa llevó al doctor al salón donde Jaime Fugeret había encontrado á Magdalena algunas semanas antes, y allí, mirándole fijamente con gran tranquilidad, al parecer solamente, porque su alma no podía estar más agitada, le dijo:

—Doctor, ¿sois nuestro amigo?

—El más sincero, señora condesa

—¿Puedo, pues, hablaros con el corazón abierto?

—Claro.

—Pues bien. aquí ocurre algo inexplicable.

—¿El qué?

—No necesito deciroslo, lo sabeis mejor que yo.

Y añadió con viveza:

—Magdalena está cambiada y muy triste. Desde hace algún tiempo no hago más que mirarla y cada día la comprendo menos. Ella, que era tan risueña, tan cariñosa, tan buena con todo el mundo, se ha vuelto sombría y casi feroz. No despliega apenas los labios, tiene los

ojos enrojecidos, su mirada á ratos se parece á la de una loca. En fin...

La señora de Arvil bajó la voz.

—Hay aún más—dijo.—Y yo, sin embargo, me precio de conocer á mi hija... Es el alma más pura que hay en el mundo... Es incapaz de cometer una falta, y si yo no la juzgase de este modo... tendría inquietudes, sospechas terribles para una madre...

Y al ver que el doctor no contestaba nada, la condesa exclamó:

—¡Pero hablad, por Dios, amigo mío; ya veis que estoy fuera de mí, que trato de aparentar una tranquilidad que no tengo, que llevo la muerte en el alma!

Y añadió:

—Esto no es de ayer, os lo aseguro. Desde el día de la caída he visto que Magdalena no era la misma. Ella es valiente. La caída era indudablemente grave, pero es demasiado valiente para soportar las consecuencias sin quejarse. En un principio quise creer que era la herida la que la hacía sufrir, que su salud había podido quebrantarse; pero después he tenido otras ideas... No me atrevo á aclararlas, y sin embargo es preciso. Pues bien, doctor, os hablo como amigo. Magdalena os quiere, tiene confianza en vos; os lo ha debido decir todo... ¿Qué ocurre?

El doctor no pudo permanecer inflexible ante el ruego de aquella madre.

Se compadeció de ella.

—Armaos de valor—la dijo.

—¿Tan terrible es lo que vais á decirme?

—Más de lo que os figuráis.

—¿Mi hija será acaso culpable?... ¡Doctor, es imposible!

—No merece el menor reproche.

—¿Pero entonces?...

—Se ha cometido un crimen... un crimen horrible, odioso.

—¿Cuándo?

—El día de la caída de que hablábais hace un momento, mientras que la infeliz estaba sin conocimiento.

—¿Por quién?

—¿Para qué deciros el nombre de ese bandido?... Es un miserable y un ingrato.

—¿Jaime Fugeret?

El doctor se inclinó.

—¡Y Magdalena no le ha acusado!—murmuró la condesa.

—¿Para qué? De nada hubiese servido. El pudor sellaba los labios de la infeliz muchacha.

—¡Ah! doctor, tenía un presentimiento de nuestra desgracia—murmuró la condesa.—¡Pero es mucho mayor de lo que yo me figuraba! ¿Qué hacer? Dadme un consejo... Inspíradme...

—Es preciso viajar, distraerla...

—¡Y su futuro que la espera y á quien ella ama!

La condesa reflexionó un instante, y levantándose dijo con resolución:

—¡Poco importan los demás!... Lo primero que hay que salvar es el honor... Reflexionaré... veré.

Y tendiendo la mano al doctor, añadió:

—Os doy las gracias, amigo mío... Prefiero conocer la verdad... Es, en medio de todo, un consuelo para mí... No podía continuar viviendo de este modo.

Y señalando al doctor el retrato de su marido, le dijo:

—¡Es una dicha que haya muerte! ¡Qué dolor para él!

No derramó ni una lágrima.

Acompañó al doctor hasta su coche y subiendo á la habitación de su hija, que acababa de meterse en la cama, la cogió en sus brazos, la cubrió de apasionados besos y murmuró bajito:

—He preguntado al doctor... Le he obligado á hablar... Lo sé todo... Te amo, te adoro... Te salvaré, y si todos nos abandonan, te quedaré yo, hija querida.

Magdalena la devolvió sus besos, pero pensaba:

—¿Y á él, al desgraciado, quién le salvará? ¿A él, á quien tanto quiero, y al cual ya no puedo pertenecer?

Pensaba en su futuro, en su amigo de la infancia, en el vizconde de Bures.

Porque desde que sus dudas se habían convertido en certeza, había tomado una resolución inflexible, la de no pertenecer á nadie, la de vivir sola y ahogar en ella el amor que había causado su alegría su esperanza y que causaba en aquellos momentos su desesperación.

XI

Medicina fin de siglo

La casa que sin motivo llaman en el barrio el hotel de Arvil está situada en el centro de la avenida de Mesina, en la acera de la izquierda, en el trozo comprendido entre el bou-

levard Haussman y la avenida de Monceau.

No es más que un espacioso inmueble, en el cual la condesa y su hija ocupaban modestamente el segundo piso.

Fué construido por el presidente Arvil con los fondos que recibió por la expropiación del hotel que poseía en la Chaussée-d'Antin cuando se formó la plaza de la Trinité.

Er en realidad una de las casas modernas en las cuales los arquitectos acumulan todos los lujos y todas las comodidades.

La última palabra en construcciones.

La escalera es una maravilla.

El presidente la adornó con admirables tapices, que no le costaron más que el trabajo de coleccionarlos en la época en que los arrinconaban en las buhardillas, abandonándoles á los caprichos de las ratas y ratones.

El 5 de diciembre, á cosa de las once de la mañana, un joven correctamente vestido, con la levita abrochada debajo de un magnífico gabán de pieles, adornado con una rosita en el ojal, subía los escalones con la agilidad de un enamorado que tiene prisa por ver á su amada. Tenía el rostro radiante.

Su cabeza era la de un joven magistrado ó la de un miembro del Tribunal de Justicia, tenía el cutis muy fino y muy blanco, la barba muy cortada, la nariz fina y derecha, la boca sonriente, los ojos sombríos, iluminados con una alegría viva y sincera.

Era el vizconde Roberto de Bures.

Cuando llegó al piso segundo se detuvo un tanto sofocado para tomar aliento, antes de tirar del timbre.

Brígida vino á abrir.